La India, confusión mística

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

El pródigo cuadro de la naturaleza no queda perdido ni aún a los ojos de quien viaja por el aire. No puede menos que apreciarse los extravagantes dones que la naturaleza ha concedido a largas extensiones de la tierra.

Desde Siam en viaje a la India pasamos por encima de la tropical Burma. Una fila de altas montañas forma una barrera natural entre los plantíos de arroz de Siam y esa Burma que ha sido desgarrada por la revolución.

Entre las dos filas montañosas, cubiertos de densa verdura, se extienden los valles cuyo suelo es verdaderamente madre de anchos ríos.

Desde nuestra altura aquellas corrientes parecían inmensas serpientes que ondulaban saliendo de la selva. Están tan llenos de curvas esos ríos que en el espacio de dos o tres kilómetros cortan varias veces una misma línea recta.

La anchura de estas corrientes de agua parecía indicar desde donde podíamos verlas que tenían una gran extensión en la superficie. Esos ríos proceden de las altas sierra y son alimentados por innumerables fuentes subterráneas y por frecuentes lluvias torrenciales, hasta que finalmente arrojan su tremendo caudal de aguas pantanosas en la Bahía de Bengala.

El brusco fin de un río ante lo que parece un muro de follaje verde indica que la selva en ese lugar es tan densa que lo oculta completamente a nuestra vista.
Fue en las laderas de estas montañas y a través de estos ríos, entre un calor asfixiante y expuestos a los reptiles venenosos, insectos y fiebres, donde los ingenieros y soldados americanos trataron de construir la famosa Carretera de Burma.

El propósito era el de llegar a la China Central cuando los japoneses habían impedido el acceso de las potencias occidentales a la costa china. La inutilidad de mantener ese camino con buenos resultados podía apreciarse bien mientras lo contemplábamos desde centenares de metros de altura.

Una sola bomba de fuertes explosivos produciría una avalancha de rocas y tierra que encumbraría centenares de metros de carretera en pocos minutos, secciones que requerirían días de rudos trabajos bajo un sol implacable, para ser construídas.

En esta región, por lo menos, la naturaleza reina de manera suprema.
El costo de su conquista es aún mayor de lo que puede soportar hasta la extravagancia de la guerra.

Atravesando el extremo septentrional de la Bahía de Bengala y volando por encima del río Hooghly. tocamos el suelo de la India en Calcuta.

La gran ciudad de Calcuta no tiene ningún fuerte atractivo histórico o arqueológico como lo tienen, por ejemplo, Delhi, Lahore o Madrás. Calcuta fue en un tiempo apenas una entre varias modestas aldeas de barro esparcidas a lo largo del río Hooghly. La tradición dice que Joe Charnock, comerciante inglés, al tratar de escapar al intenso calor del verano, mientras fumaba un Hookah, a la sombra de un frondoso peepul, concibió la idea de fundar un establecimiento británico en la pequeña aldea de casas construidas de barro.

Durante muchos años, el árbol del famoso fundador estuvo en el mismo sitio en que hoy se cruzan varias avenidas de tráfico.

Calcuta, durante los días de Joe Charnock era principalmente un trozo de selva con lagunas que colmaban las lluvias.
Calcuta hoy, a pesar de ser un gran puerto y la salida de la India septentrional y central, por donde pasan inmensas cantidades de té y de yute, es una ciudad incolora.
En contraste con los vivos tonos del follaje tropical que inunda los alrededores de la ciudad, los edificios están sucios, faltos de pintura y poco cuidados. Es este el primer choque que recibe el visitante del Oeste; es su primer contacto que le permite comprender las diferencias económicas que existen entre su país y esta tierra en que luchan y se revuelcan millones de seres humanos. Después, a cada hora que pasa en la India, el visitante tiene que hacer muchos ajustes entre las experiencias de su propio ambiente y las costumbres y tradiciones milenarias de la India.

El hacinamiento de maneras extremas de vivir, unas sobre otras, hace que la realidad de esas diferencias se exhiba en un contraste brutal. En el centro de la gran ciudad, cuya población se desconoce en la actualidad, pero que debe exceder al número normal de sus tres millones de habitantes tal vez por otro tanto, pueden verse edificios de oficinas semi-modernos. Aunque la mayoría de sus fachadas necesitan urgentemente renovación, por lo menos simbolizan lo moderno. Junto a ellas hay terrenos abandonados en los que se han erigido cabañas que constituyen las habitaciones más deplorables que puedan existir en el mundo. Estas cabañas son trozos de hierro acanalado sostenidos de canto para formar muros, y fueron plantados por la misma gente después de recogerlos donde pudieran hallarlos. Sobre ellos hay remiendos de papeles, desperdicios, pajas y otras basuras de la gran ciudad. Llegan a la altura de un metro y se parecen a la caseta de un perro. El piso de esas viviendas es la tierra sucia, llena de inmundicias y de harapos llenos de parásitos. Para entrar a estas chozas, los ocupantes tienen que arrastrarse muchas veces debido a la poca altura. En estos lugares de una suciedad casi indescriptible, donde se generan las enfermedades, viven muchas personas, constituyendo a veces toda una familia, inclusive los niños.

En defensa de estas condiciones, o por lo menos para mitigarlas, debemos explicar que la división política de la India en lo que hoy se llaman las secciones Oriental y Occidental de Pakistán, ha producido una de las mayores migraciones de gente de los tiempos modernos.

Millones de hindúes han abandonado el Pakistán musulmán, llevando consigo en las manos y en las espaldas los restos de sus posesiones

mundanas, y viéndose forzados a abandonar muchas cosas, a veces hasta sus ahorros.
Calcuta ha recibido varios millones de esos refugiados; están apiñados en sus calles; por carecer de hogar duermen donde haya un espacio en donde echarse; se les encuentra en las aceras de las grandes calles.

Sus ahotis (faldas y pantalones en forma de sábana), blancos en un tiempo, están hoy desgarrados y sucios. Se cubren el rostro con telas mugrientas para impedir que las moscas les penetren por la boca y los oídos, mientras duermen. El polvo, levantado por los peatones y por el tráfico, los cubre. ¿A dónde podrán ir? ¿Qué otro refugio podrán hallar?

¿Qué haríamos en los Estados Unidos si, en pocos meses, la mayor parte de la población que queda al Oeste del río Mississipí, debido a alguna catástrofe o a alguna otra circunstancia, tuviera que emigrar bruscamente e inundara la costa del Atlántico? Supongamos también que al mismo tiempo que llega esa avalancha de refugiados, los Estados Unidos perdieran todo el territorio que queda al Oeste del río Mississipí, de donde proceden dichos refugiados, es decir todas las grandes tierras fértiles, las industrias y los transportes. El resto de los Estados Unidos se vería obligado a tratar de alimentar y hospedar el equivalente de toda su población, contando sólo con recursos drásticamente reducidos. Aún cuando, en comparación con una India económicamente empobrecida, los Estados Unidos son extremadamente ricos, esa catástrofe los haría estremecerse. Así pues, la India, en su estado actual, es casi incapaz de remediar de manera apreciable la situación en que se encuentra. Es la filosofía religiosa del pueblo lo único que impide una desmoralización nacional.

Puede decirse que los pueblos de la India están ebrios de religión, en comparación con los occidentales. Para ellos el idealismo religioso y los impulsos del yo emocional y subjetivos son *verdaderos.* Es un mundo donde pueden refugiarse de la monotonía y de la suciedad de la existencia temporal en que se encuentran.

Toda la verdadera belleza y la felicidad firme que el indio ha encontrado no están en su existencia mortal sino en su conciencia espiritual. La vida para ellos es, pues, a lo sumo, algo que sirve a sus convicciones religiosas, como el cuerpo se dice que sirve a las bienaventuranzas del alma. Hay en la India no solamente sectas numerosas en cuyo cuerpo de enseñanzas cabe bien el desarrollo espiritual personal de cualquier persona, sino que también hay interpretaciones diversas de las mismas creencias.

Como sucede en los grandes basares donde se ofrecen mercaderías que cuadran a cualquier bolsillo, así también se ofrecen diversas consolaciones religiosas, de acuerdo con los conceptos espirituales del individuo.

El Templo de Kali

Basta visitar varios de los templos de Calcuta para observar los extremos que existen entre la cultura religiosa.

Uno de los más famosas templos, históricamente, es el Templo de Kali.

La diosa *Kali,* en la mitología india, era la esposa de Siva.
En los *puranas* se dice que esta diosa fue destruida y que parte de sus restos fueron dispersados desde el cielo. Calcuta es uno de los cincuenta y un "piths" o lugares sagrados donde esos restos fueron distribuidos por Siva.
Es el dedo pequeño del pie derecho de Kali el que se asegura que cayó en Calcuta. Hasta se piensa que la palabra *calcuta* no es más que una deformación de *kalikata,* que significa la morada de Kali.

El templo está situado a la orilla del agua y se supone que fue construido por un miembro de la familia Sabarna Chudhury, propietaria primitiva de Calcuta.
Aquí pueden hallarse las prácticas más supersticiosas derivadas de las doctrinas hindúes. En justicia a la hagiografía y literatura hindúes, debemos decir que padecen de una interpretación demasiado literal, como sucede con la Biblia y algunas de nuestras sectas cristianas.

El templo está situado hoy en una área de *bustís,* o sea en una sección de gente pobre. Entramos al patio junto con una multitud de gentes sudorosas, indigentes y conversadoras. Multitudes de pobres, de mendigos, de afligidos, se apretujan en su afán para entrar y tomar parte en las viejas ceremonias. El calor del sol matutino hace brillar los rostros, invitando así enjambres de moscas. Los ciegos y los paralíticos se apartan a un lado esperando la oportunidad de un solaz espiritual.

Hay un mal olor procedente de la suciedad, inclusive inmundicias y excrementos animales y humanos esparcidos por el suelo. Uno trata de llevar la cabeza bien levantada, como si instintivamente quisiéramos evitar respirar las nubes de polvo que llegan a nuestra nariz. Un sacerdote, que actúa como administrador, colecta limosna entre todos.

Los fieles pagan lo que pueden, tal vez una anna o dos. Nos miran con gran curiosidad; nuestros trajes occidentales nos hacen destacarnos sobre ese fondo de vida india. Cuando plantamos nuestro complicado equipo fotográfico, tanto de cinematógrafo como de fotografía fija, inmediatamente nos vemos rodeados por jóvenes y viejos. Con la mayor dificultad es que podemos lograr impedir que todos los curiosos se acerquen a mirar por los lentes de las cámaras en el momento más inapropiado, lo que nos haría perder muchos pies de costosas películas de color.

Era interesante observar los elementos fundamentales de la naturaleza humana.
Aquí, en el vestíbulo de este viejo templo, en una escena que no recuerda en nada la cultura occidental, el ego humano es el mismo. El gran sacerdote, indudablemente lisonjeado por la atención de que era objeto la esfera de su influencia y hasta él mismo, comenzó inmediatamente a dar órdenes a sus subalternos de manera especialmente autoritaria y descollante.

Recordaba, en verdad, la actitud oficiosa de algunos de nuestros compatriotas cuando reciben alguna autoridad civil. Se había formado una línea de personas para entrar al templo, propiamente dicho. Hacia un lado se había formado un grupo aparte. Me abrí paso con cuidado en ese grupo y observé un pequeño nicho sobre el muro del templo. De una pequeña

abertura que tenía, fluía un líquido viscoso y lechoso, que procedía de algún sitio en el interior del edificio sagrado. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, mojaban la mano en esa lenta corriente y la aplicaban a sus llagas.
Parece que creían que tenía propiedades curativas por provenir del edificio sagrado. Algunas personas juntaban las manos para poder beber ese líquido.

La procesión estaba ahora entrando al templo. Todos los que usaban zapatos o pantuflas se los quitaban con gran reverencia, como un cristiano lo hace con su sombrero.
Las costumbres eran exóticas para nosotros, aunque eran naturales allí. Algunas mujeres usaban anillos de metal en la nariz, y las que podían pagarlos usaban saris de varios colores.

Otras mujeres tenían líneas rojas pintadas en el cuero cabelludo, en la línea del peinado. Esto significa que eran mujeres casadas. Esa pintura forma parte de un rito matrimonial ejecutado por el marido. Otras tenían una línea de pintura blanca en el mismo lugar, lo que indicaba que eran viudas.

Sacrificio Animal

Atrajo entonces nuestra atención la pausada dignidad de un personaje que avanzaba junto con los otros. Su rostro atraía nuestra atención por la nobleza y la fuerza de carácter que revelaba. La frente era alta, los ojos grandes pero no desdibujados. La barbilla y la boca eran firmes y tenían sin embargo una suavidad en el contorno que indicaba amabilidad. Sus largos cabellos estaban reunidos encima de la cabeza y usaba una barba negra muy limpia y meticulosamente cuidada. Usaba un taparrabo, pero las piernas y los pies los llevaba desnudos. En los brazos tenía varios brazaletes de bronce y en cada mejilla tenía marcas oblicuas de unos tres centímetros de largo; estas eran las incisiones ritualísticas que indican su casta.

Era un *sacerdote brahmán* y era uno de los intelectuales del hinduismo. Aunque sobrepasaba en comprensión a la devoción de los demás fieles, no denotaba altivez ni desdén por las prácticas elementales de los demás; su actitud era la de que cada uno debe contribuir a su ambiente con la comprensión que tenga.

A semejanza de los antiguos hebreos y de otras sectas religiosas, los hindúes más primitivos practican todavía el sacrificio animal. Pocos minutos antes de nuestra llegada, había sido sacrificado un cabrito, del que aún se veían los sangrientos despojos. Entre dos pesadas piedras habían plantado una fuerte estaca de madera cuya parte superior tenía la forma de una V, de manera que toda ella tenía la forma de una Y. El cabrito había sido atado de manera que su cabeza descansara en la V. Después de las debidas ceremonias sacerdotales, lo habían degollado y la gruesa y roja sangre estaba húmeda todavía sobre la piedra.
Varios devotos desfilaban por allí y mojaban la punta de sus dedos en la sangre, tocándose después varias partes del cuerpo, como en una especie de bendición. El cuadro era verdaderamente sanguinario y del todo bárbaro. Si tuvimos la inclinación de pensar mal de estas personas que mataban por motivos ritualísticos, recordamos los grandes mataderos de nuestro propio

país y de otras naciones occidentales, donde se mata a millones de animales para obtener alimentos, de los que casi todos nosotros gustamos.
Sin embargo, dominamos nuestro sentimiento y, por su relación con aquellas doctrinas, fotografiamos el poste del sacrificio.

No lejos de esta escena había cuatro postes de bambú plantados y que sostenían un toldo, que daba sombra a uno de los subalternos religiosos que estaba allí sentado, semidesnudo, con las piernas cruzadas, con el cabello despeinado, que daba amuletos a cambio de monedas.

Supusimos que las entradas que produce la venta de esos amuletos irían a parar a los fondos del templo y no a los del individuo. Al examinarlos, vimos que los amuletos eran pequeñas imágenes de metal de los dioses y diosas hindúes, y, como talismanes se suponía que impartían a quien los usaba ciertos beneficios procedentes de la deidad representada.
Así, al usarlos, uno estaría protegido de ahogarse, o una mujer podría obtener hijos saludables, etc.

Esto nos recordó los escapularios que usa una secta cristiana del mundo occidental.
Los medallones, cuya venta permite esa secta, representan personajes humanos a quienes esa iglesia ha santificado, atribuyéndoles ciertos poderes espirituales excepcionales. La mayoría de los fieles que los compra, usa esos medallones más o menos como lo hacen los hindúes, y creen que así están protegidos por una influencia especial. En hindúes o cristianos, esta inclinación supersticiosa es la misma.

El símbolo de la Belleza

En contraste con esta suciedad y esos ritos primitivos, surge la magnificencia del Templo Jaíno Badri Das. Los jaínos son una antigua secta anterior a los tiempos de Cristo. Sus tradiciones religiosas dicen que le secta fue fundada por Mahavira que literalmente significa: "El gran jefe." El jainismo, como el budismo, es una de las *dos* grandes influencias refinadoras de la cultura religiosa de la India. El jainismo trató de elevar el hinduismo y lo ha conseguido mediante numerosas prohibiciones, entre ellas la del sacrificio animal.

Como el jainismo ha tratado de extirpar ciertos elementos objetables del hinduismo, ha atraído fuertemente a los intelectuales progresistas de la India. Esta secta es, numéricamente, una de las menores de la India, pero incluye entre sus fieles a muchos acaudalados comerciantes.

Este Templo Jaíno fue el resultado de cuantiosos donativos por parte de un rico comerciante de Calcuta; se ha convertido en un símbolo de la belleza que la mente humana puede percibir en la armonía de las cosas sensibles, cuando están bajo la influencia de estímulos espirituales.

El templo es una obvia tentativa de este agradecido comerciante para objetivar o materializar el éxtasis que experimentó en su *propio interior,* como resultado de las enseñanzas jaínas.

El Templo está construido con mármol blanco, cubierto con un mosaico de pequeñas piedras brillantes, gemas y vidrio de color. El conjunto es como una fantasía cegadora a la brillante luz del sol. Al contemplarlo absortos, recordamos alguna joya magnífica que tuviera como montura natural espaciosos jardines de flores multicolores. Solamente estos jardines son uno de los sitios más atractivos de Calcuta. Lo que experimentamos en este Templo, después de sentirnos deprimidos en el Templo de Kali, es como la fresca brisa de las montañas distantes.

Dentro del Templo hay una alcoba ornamentada en la que se guardan imágenes y reliquias sacrosantas. Este es el *Sanctum Sanctorum.* En este lugar se guardan aquellos elementos que
representan los preceptos espirituales de la fe de aquellos devotos. En este sentido, no es diferente de las catedrales católicas de Europa, donde se hallan reliquias que se tienen por santas porque estuvieron un tiempo en poder de los que hoy se reconocen por santos.

Ante este *Sanctum Sanctorum* estaban arrodilladas cuatro jóvenes descalzas, vestidas con saris blanquisimos, que formaban como un marco para los valores estéticos o espirituales de la expresión de sus rostros. A medida que cantaban con suavidad y dulzura, se balanceaban con el mismo ritmo de la cadencia de las voces. Mientras contemplábamos, con reverencia, esta escena llena de devoción, nos parecía que la llama de las velas puestas en semícirculo detrás de las jóvenes, pulsaban al unísono con el vaivén. Las muchachas recitaban plegarias litúrgicas antiquísimas, sus voces eran el equivalente jaíno de la suave melodía de un órgano en una catedral.

Las vibraciones de la entonación humana eran, al menos para nosotros, mucho más efectivas que las que hubieran resultado con medios mecánicos para producirlas.

La vaca brahmana. o sea la famosa *vaca sagrada* de la India, está por todas partes. Antes de viajar por la India, el occidental pudiera creer que este animal está confinado a los lugares privados o sagrados de los terrenos de los templos. Sin embargo. tiene *carta blanca* en toda la vida social de los hindúes. Las vacas pueden verse caminando por las calles principales de Calcuta, con un aire de inmunidad. se echan en las aceras a la entrada de las tiendas. Reciben deferencias de todo el mundo, pues los peatones caminan cuidadosamente en torno de ellas; echan a andar entre los vehículos y hasta delante de los tranvías, mientras motoristas y choferes procuran ansiosamente no maltratarlas, pues conocen las consecuencias que sufrirían. Estos animales invaden los jardines privados, mascan sin misericordia las flores y los arbustos, mientras los dueños de los jardines tratan de distraerlas sin ocasionarles la menor ofensa, debido a los preceptos religiosos.

Estos animales, gracias a muchos siglos de cría y a la domesticación excepcional que han recibido debido al lugar que ocupan en el hinduismo. han adquirido una mansedumbre excepcional. Hay algo casi misterioso en la seductora expresión de sus ojos pardos, grandes y limpios; su mirada parece penetrar hasta lo más hondo de nuestro ser.

Se siente algo de intranquilidad. pues parece que hubiera algo demasiado semejante a la luz de los ojos humanos. Este sentimiento es aún mayor cuando el animal se mueve y coloca su belfo húmedo en nuestra mano. Es completamente comprensible que una persona criada dentro de las creencias tradicionales hindúes y devota de sus doctrinas pueda creer que este animal está dotado con algunas cualidades etéreas.

La creencia en la santidad de la vaca figura en la religión hindú desde tiempos prehistóricos; no está limitada en manera alguna a la India. En el Rig Veda, esos antiguos himnos arios que constituyen la base de la religión hindú, hay muchas referencias a la relación mística que existe entre la vaca y el universo. La vaca ha llegado a simbolizar muchas cosas, no solamente la generación y la fecundidad, sino ciertas relaciones humanas fundamentales también.

La *leche* de la vaca, en los himnos védicos, representa el alimento fundamental del alma, la compasión o la bondad que nutre a la vida espiritual.

Entre los pueblos primitivos se hacían frecuentes comparaciones con cosas de la vida diaria para exponer principios místicos.   Por ejemplo, Cristo empleó los pescadores y sus actividades en sus parábolas, para que las verdades que él exponía fueran comprendidas por el pueblo humilde de Galilea. Así, también, en la antigüedad, la vaca que era un elemento importante de la vida económica de las gentes sencillas, fue empleada por los autores de los himnos del Rig Veda para representar conceptos místicos. Posteriormente, esas alegorías fueron tomadas de manera literal por la masa del pueblo, tal vez porque el pueblo carece de un verdadero concepto místico. Las indicaciones místicas con respecto a la vaca parece que más o menos se han perdido entre la casta baja de los hindúes. Para ellos, la vaca, en sí misma, es de manera intrínseca un ser sagrado, y esto no a causa de ninguna significación mística.

Es un horrible pecado matar o comer la carne de la vaca. Uno de los versos del Rig Veda dice: “todo aquel que mate, coma y permita el sacrificio de una vaca, se pudrirá en el Infierno durante tantos años como pelos tenga el cuerpo de la vaca muerta de ese modo”.   No solamente las vacas se consideran sagradas, sino también los productos de ellas.

Mientras estuvimos en la India, un maquinista de locomotora, que no *era Hindú,* sin quererlo mató una de las vacas sagradas que atravesó la vía férrea. Para nosotros es un misterio que esto no ocurra más frecuentemente. La indignación producida fue espantosa. Toda una división de empleados hindúes del ferrocarril se declaró en huelga hasta que castigaron severamente en el tribunal al empleado culpable de “inexcusable negligencia”.

Esto deja ver cómo las ramificaciones de las religiones de la India afectan profundamente la diaria manera de vivir de su pueblo.

(Continuará)